

SARTRE: LA NAUSEA Y YO



ESAU PAEZ

PROFESOR ESCUELA DE FILOSOFÍA
UPTC

«TENGO QUE COMERME EL POLLO
DEBE ESTAR FRÍO»
SARTRE

I.

Sobre más de doscientas páginas Antoine Roquentin nos muestra en su diario su aventura de vivir. Sin comillas. Sin pretender ir más allá de lo que sus sensaciones le dictan. Sus palabras no pretenden decir otra cosa que lo que ya han dicho. Está en Bouville escribiendo una biografía del señor marqués de Rollebon, personaje oscuro y contradictorio que vivió en los años del siglo dieciocho. Su vida pasa, si pasar se puede decir de Roquentin, de la biblioteca a su estudio y de allí al café «Rendez-Vous de Cheminots». Entre el autodidacta y Madeline. Entre el jardín público y las calles largas y señoriales de la ciudad que duerme sobre un espacio oscuro y verde que se estrella contra un puerto de cuyos nombres propios y abolengos habla el Museo de Arte de Bouville. Su vida salta, se consume, se contrae,

se agita, se arquea en compulsiones que le quitan el color a su rostro y le humedecen con sudor su cabello rojo. Alguna vez frente a un guijarro, otra frente a la espuma y la transparencia que describe un vaso de cerveza, otra frente a un árbol que se le escapa en cuanto tal o frente a su sangre o frente al peso de una discusión sobre el «humanismo»: **La Náusea.**

Roquentin existe en un mundo cuyos sentidos (verdades?) se le escapan y vaporizan. Está ahí. Solo. Terriblemente solo frente a sí mismo. Sí-mismo extraño que apenas si reconoce frente al espejo: «Me apoyo con todo mi peso sobre la loza, acerco mi cara al espejo hasta tocarlo. Los ojos, la nariz y la boca desaparecen, ya no queda nada humano».¹

II.

No hay un preconcepto, no hay un modelo del cual se puedan sacar copias del ser, no hay una visión técnica del mundo en la cual se pueda decir que la producción precede a la existencia. No hay una naturaleza genérica en donde cada singular sería sólo un ejemplo de ese concepto universal. Primero es el acto que sus posibilidades. ¿Qué ser es aquel en el que la existencia precede a la esencia? Sartre parte de la inexistencia de Dios y de cualquier forma racional que lo reemplaza.² Ni Dios ni esencias universales. Dice que hay por lo menos un ser en donde la existencia precede a la esencia y ese ser es el hombre. Pues él tiene primero que existir para definirse. «El hombre tal y como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. No hay naturaleza humana porque no hay Dios para concebirla».³ No existe el hombre universal y con mayúscula, existe el hombre burgués, el hombre proletario, el habitante de Bouville, el autodidacta. Anny y Madeline. Hombres de carne y sangre cuya conciencia de su existencia es su náusea. Seres con rostro, con nombre, con apellido, que tienen sexo, que beben cerveza, van a misa, ven televisión. Escriben a máquina y juegan a seducir con la sospecha.

Existencia/Esencia. Vieja pareja de la Filosofía. Vieja fórmula metafísica. ¿Qué es primero, el ser

o el pensar? ¿Mundo inteligible o mundo sensible?

¿La gallina?

Heidegger dirá que no hay ninguna superación de la metafísica con sólo invertir los términos: «El reverso de una frase metafísica sigue siendo metafísica»⁴.



Pero para Sartre el problema no es superar la metafísica en abstracto. Su esfuerzo está situado allí en donde está el hombre sin Dios, solo, condenado a ser libre, a escoger, a asumir su propio destino como un permanente hacerse él mismo, allí, en ese espacio que se llama la dignificación del hombre, «el hombre es ante todo un proyecto que vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor»⁵. Es ese ser único que se sabe inacabado, incompleto, carente y finito. Tiene conciencia de la muerte, de su límite, de su fragilidad. Y esa misma conciencia de su no-ser y su

querer-ser-siendo-haciéndose es lo que lo hace un ser único, privilegiado, solo y libre.

El animal, dirá Hegel, se encuentra uno solo con la naturaleza, la devorará a su paso y no efectuará ninguna distancia con ella pues no la hay.

El hombre, dirá Sartre siguiendo las huellas de Kierkegaard y de Heidegger, tiene que elegir porque es libre, elige su destino, construye su esencia y eso lo hace responsable de sí, de su elec-

ción, más, sabiendo que no hay regreso ni repetición. No hay eternidad en la escogencia, pues la muerte está en cada latido del corazón. La angustia lo cerca y lo consume ante esa evidencia.

tos «necesarios» del acontecimiento. Sólo existo en un presente volátil y gaseoso del que sólo queda una sensación horrible de vomitar. Es La Náusea.

Esa angustia guarda un peligro, (lo mismo al desamparo de su soledad y de la muerte) y es la búsqueda de refugios y escapatorias. Fácilmente el hombre puede caer en el sin sentido, el absurdo y la desesperanza, el pasado no existe más que como recuerdo, Rollebon pierde existencia cuando Roquentin pronuncia las únicas palabras que, según él, no debía decir, «El pasado no existía. Y de golpe sin ruido el señor Rollebon volvió a su nada».

Hay que matar el pasado para desembarazar la existencia⁶. Para saber que existo y Soy. Para que el pasado deje de representar, para que deje de representarse por medio de mi existencia y me subyugue y se apodere de mi vida. Es necesario matar a Rollebon, a Anny, al Africa del Norte, a Bouville... Al pasado... La historia no tiene sentido, ha perdido su tormentosa responsabilidad de responder por las causas y los efec-



«Presente, nada más que presente. Muebles ligeros y sólidos, incrustados en su presente, una mesa, una cama, un ropero con espejo, y yo mismo. Se revela la verdadera naturaleza del presente: era todo lo que existe, y todo lo que no fuese presente no existía. El pasado no existía en absoluto».⁷

No existe el pasado, no existe la historia, no existe la acumulación del pasado ni la experiencia más que «como una defensa contra la muerte, como un derecho, el derecho de los ancianos».⁸

Y el futuro no existe más que como mi presente y mi presente no son más que mis actos, mi obrar. Pero sin esperanza puesto que sólo podemos contar con lo que nosotros hagamos o con el conjunto de probabilidades que hacen posible nuestra acción.⁹ Sin gratitud ni capricho pues de todas maneras «el hombre se encuentra en una situación organizada, donde está

él mismo comprometido».¹⁰ Hay circunstancias y situaciones y el hombre elige, decide libremente sobre ellas. Es su presente el que está en juego como el Proyecto que es él mismo.

«LA NÁUSEA SOY YO»

III.

¿Y qué es Roquentin sino el hombre que en el colmo de su desesperanza se estrella con la propia conciencia de su existencia? ¿ese algo amorfo e incalificable que se le muestra ahí, delante y que se le escapa a la vez de cualquier distanciamiento? Tiene que matar el pasado y enfrentarse a la desesperanza, al absurdo y la futilidad de los otros, a la permanencia y existencia de los objetos. Al espejo. A su pensamiento que lo condena en cada vuelta, en cada mirar, en cada enumerar a su propio saberse él. Existe. A pesar de... y junto a... piensa y Es.

Es y existe. Ahí «existir es estar ahí, simplemente: los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero nunca es posible deducirlos».¹¹ «La existencia no

es algo que se deje pensar de lejos: es preciso que nos invada bruscamente, que se detenga sobre nosotros, que pese sobre nuestro corazón como una gran bestia inmóvil: si no, no hay absolutamente nada». «La existencia no tiene memoria, no conserva nada de los desaparecidos ni siquiera un recuerdo». «Todo lo que existe nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad».¹²

Es la condición para que el Yo surja en la conciencia «Soy Yo, Antoine Roquentin, salgo para París dentro de un rato».¹³

Pese al riesgo de ver aparecer sobre su lengua ciempiés o brotar al lado de su mejilla otro ojo inquisidor, pese al absurdo y sin sentido de la existencia, Sartre en la Náusea, no cierra las preguntas. No da vuelta simplemente sobre la puerta de salida. «Some of these days you'll miss me honey».

«Précisément nous sommes sur un plain ou il y a seulement des hommes»

SARTRE.

¹. Sartre, «La Náusea», ed. Oveja Negra, 1983. Pág. 26.

². Sartre, «El existencialismo es un Humanismo», ediciones del 80. Buenos Aires, 1981, Pág. 16.

³. IBID. Sartre, Pág. 2.

⁴. Heidegger, «Carta sobre el Humanismo», ed. del 80. 1981. Pág. 81.

⁵. Sartre, «El Existencialismo.. Pág. 16.

⁶. «La Náusea». Pág. 114.

⁷. Ibid

⁸. «La Náusea». Pág. 103.

⁹. Sartre, «El Existencialismo...» Pág. 24.

¹⁰. Loc.cit. Pág. 35.

¹¹. «La Náusea». Pág. 153.

¹². Ibid. Pág. 154.

¹³. Ibid. Pág. 156.

